

sacramento, trátase de una institución, que debe hacer para siempre jamás vivo y tangible, en la santa Iglesia católica, el amor de Jesucristo por los suyos... Él les amó desde el principio, dice san Juan, pero les ha querido amar hasta el fin... — ¡Amigos, parecía decir á sus Apóstoles, viendo á Judas alejarse, dejadle partir!.. ¡Otros muchos veré!.. En cuanto á vosotros, yo os doy mi poder; vosotros renovaréis este misterio en memoria mia... Los Apóstoles se inclinaban ante este augusto mandato, y sobre ellos descendía una gracia inaudita, y les era dado un poder inmenso... Yo les veo, después de la Ascensión, durante los diez días que les separan del de Pentecostés, preparándose por medio del retiro, no sólo para recibir al Espíritu Santo, sino también para celebrar su primera Misa... Les veo, digo, como á nuestros jóvenes levitas, cuando nos disponemos para recibir el sacramento del Orden, recojerse en el silencio... Luego después, cuando recorro los Actos de los Apóstoles, leo que los fieles se reunían para participar juntos de la sagrada Comunión(1).

Vos, dulce Salvador, subisteis al cielo; pero este último mandato es demasiado venerable, demasiado importante para el bien de vuestra Iglesia, para la santificación de las almas fieles; nó, no será olvidado jamás... Se cumplirá este sacramento en memoria vuestra... Por todas partes, así en el norte como en el mediodía, así en las más desiertas playas como en el seno de las ciudades; sí, por todas partes se encenderán cirios, se levantará un altar y se ofrecerá, cual lo ha dicho el profeta, se ofrecerá, sí, al Altísimo una hostia pura y agradable(2). Y las almas piadosas, acercándose á la sagrada mesa, renovarán la cena de los Apóstoles recibiendo la comunión de nuestras manos. Todo esto, oh Salvador mio, no perecerá jamás; este prodigio mismo se renovará en memoria vuestra hasta el fin de los siglos... *Hoc facite in meam commemorationem.*

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, habeis comprendido bien los dos pensamientos que he tratado de desarrollar en esta instrucción.. Jesús, nuestro buen Salvador, anunciando que daría á los fieles un

(1) *Actos de los Apóstoles*, c. II, v. 42.

(2) *Malaquías*, c. I, v. 11.

pan más maravilloso que el maná, un alimento que sería para los suyos prenda de vida eterna... Después, este mismo Redentor, siempre adorable, realizando su promesa, y, próximo á la muerte, haciendo á sus Apóstoles, á la Iglesia, á nosotros, que somos los miembros de esta augusta sociedad, un legado divino, otorgando un beneficio supremo, el de la sagrada Eucaristía... ¡Oh! vosotros que no teneis fè, si los hay aquí, os diré que sois dignos de lástima; esta lámpara que arde, este tabernáculo que ella alumbrá ¿nada os dicen, nada recuerdan á vuestros corazones?... ¡Desgraciados!.. Nosotros los cristianos sabemos lo que hay; Jesús está ahí, nos vé, nos conoce, y de vez en cuando tenemos la dicha de recibirlo... ¡Ah! para Él sean nuestros corazones y nuestro amor en el tiempo y en la eternidad... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEXTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION TERCERA

ATAQUES DE LOS HEREJES CONTRA ESTE AUGUSTO SACRAMENTO; SU JUSTIFICACIÓN POR LOS CRISTIANOS QUE LE PERMANECEN FIELES

TEXTO. — *Ecce ego vobiscum sum, usque ad consummationem sæculi.* He aquí que yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos.

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 20.)

EXORDIO. — Al empezar esta instrucción, hermanos míos, quisiera hacer una reflexión sobre un hecho que me ha llamado siempre la atención: es que el cristiano, el hombre que está bautizado, si es infiel á las promesas que tiene hechas, si olvida los sagrados compromisos que

por él fueron contraídos el día de su bautismo, no puede empero, apesar del extravío de sus pasiones, llegar á hacerse completamente idólatra y pagano. Podrá negar las verdades que le fueron enseñadas en el catecismo, podrá desconocer el amor que nuestro divino Salvador le ha demostrado; pero creer en Júpiter ó en otro dios cualquiera del paganismo, jamás... Podrá secretamente, en su corazón, erigir un altar á Satanás; pero jamás se atreverá á rendirle culto público... Entre los Judíos, los que abandonaban el culto de Dios ofrecían incienso á Baal ó á otros ídolos; pero entre los cristianos, los que reniegan de la fé de su bautismo, se convierten casi siempre en una especie de brutos que no creen en nada. Han visto de demasiado cerca, en el día de su primera comunión, á Dios en su misericordia y en su amor, para imaginarse que pueda haber algo mejor, más dulce, más suave, algo que mejor responda á las necesidades de nuestra alma... Y cuando la ignorancia voluntaria, el orgullo ó las pasiones les han hecho perder la fé... entonces para ellos todo se acabó, hay la nada, hay el hombre que ya no tiene alma inmortal, que muere desolado y sin esperanza, como el irracional que espira en la cuadra ó bajo el cuchillo del matarife.

¿ De donde procede esta diferencia?... ¿ Porqué el Judío que abjuraba de su religión podía correr á los templos de los ídolos, mientras que el cristiano que reniega de la suya no puede creer ya en nada?... ¡ Ah! es que Jesucristo ha dicho la última palabra respecto á nuestra alma y á sus destinos inmortales; es que aquel que ha probado y saboreado, aun cuando no haya sido más que por un momento, la sagrada Eucaristía, está fatalmente obligado á permanecer cristiano ó á hacerse impío...

PROPOSICIÓN. — Me propongo, hermanos míos muy amados, antes de explicaros la naturaleza y los efectos de este adorable sacramento, referiros su historia; estoy seguro de que vuestra piedad os la hará escuchar con interés. Todos, hasta aquellos de entre vosotros que no tienen la dicha de practicar, amais á este Jesús del tabernáculo, y se apoderaría de vuestro corazón el frío, si al entrar en esta iglesia, encontraseis apagada la lámpara que arde en honor suyo.

DIVISIÓN. — Hablaremos pues, *en primer lugar*, de los ataques dirigidos contra este augusto sacramento; *en segundo lugar*, de su justificación por los cristianos que se han conservado fieles : á esto es á lo

que llamo yo la historia de la sagrada Eucaristía; éste será el asunto de la presente instrucción.

Primera parte. — Durante mil años y más, la Iglesia entera se había prosternado al pié de los altares, creyendo en la presencia de Nuestro Salvador Jesucristo en la sagrada Eucaristía. En todos los puntos donde uno de los Apóstoles del Señor había predicado el Evangelio, se habían levantado altares, y en el augusto Sacrificio el pan y el vino se convertían en el cuerpo y la sangre del Salvador... En los días de persecución, los lugares donde se celebraba no eran espléndidos como nuestras hermosas catedrales : ¡ oh, nó! san Pedro, en Roma, celebraba la santa Misa en una humilde habitación; santo Tomás, en las Indias, sólo tenía por capilla un local formado con ramas y follaje. Durante tres siglos fueron con harta frecuencia unos subterráneos llamados catacumbas, y hasta los calabozos donde había cristianos que, al día siguiente, iban á ser pasto de tigres ó leones, los que servían de templos... ¡ Qué importa, qué importaba al amor del Salvador!... Gozoso acudía Él á aquellos lugares donde le aguardaban corazones humildes y animosos.

Habiendo cesado la persecución, los emperadores, convertidos al cristianismo, cifraron su gloria en construir vastas basílicas en honor del Dios tres veces santo, que cada día, á la voz del sacerdote ó del obispo, descendía sobre el altar... La presencia del divino Salvador en la sagrada Eucaristía era una verdad de tal manera reconocida que, durante mil doscientos años, ningún hereje se atrevió á contradecir este divino dogma. Pasado este tiempo, hubo un tal Beranger que osó formular duda sobre este augusto misterio. Los obispos de aquella época, vigilantes centinelas, le obligaron, en más de un concilio, á retractarse de sus errores... ¡ Pero, paz á sus cenizas y piedad para su memoria! Beranger murió contrito y arrepentido y, en su lecho de muerte, una sola cosa le atormentaba, era el escándalo que con sus enseñanzas había podido dar á las almas.

Más tarde vino Lutero, ese monje apóstata, ese padre del protestantismo : él habría querido, decía, negar la Eucaristía; pero la tradición de la Iglesia y la enseñanza tan formal de los Padres se lo impidieron, y, por un resto de pudor, pareció conservar hasta el fin una especie de

fé reducida en la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía... Calvino, el infame Calvino, cuyo nombre precisamente hasta los mismos protestantes no se atreverían á pronunciar sin menosprecio, y cuyas enseñanzas sin embargo adoptaron, y cuya doctrina siguen hoy; Calvino, ese sacerdote vil y libertino, se mostró más atrevido: afirmó terminante y categóricamente que Jesucristo no estaba en la sagrada hostia, que el pan y el vino no eran más que signos y símbolos... Miserable, le decían los católicos, leed pues el Evangelio; ¿no dijo Jesucristo: « Este es mi cuerpo » y mostrando el cáliz, después de haberlo consagrado, no añadió « Esta es mi sangre? » ¿no había prometido de antemano que daría á comer su carne y á beber su sangre? — Podrá ser, contestaba, como habría contestado un incrédulo de nuestros días; mas para mí estas palabras no tienen el sentido que les dais vosotros; dichas palabras significan simplemente: Esto es la figura de mi cuerpo, esto es la figura de mi sangre. — Pero; cuán insensato y ciego eres! Mira todos los testimonios que nos proporciona la tradición como prueba de este sagrado dogma: ahí tienes á los mártires que comulgan en su prisión; ahí tienes á los papas y obispos que, aún á riesgo de su vida, celebran en los subterráneos el santo Sacrificio; ahí tienes á los santos Juan Crisóstomo, Basilio, Ambrosio, Agustín, en una palabra, á todos los doctores de la Iglesia que afirman la existencia de este augusto sacramento... Y así rechazado hasta sus últimas trincheras, este hereje contestaba: « Los doctores se equivocaron; la Iglesia entera, durante quince siglos, está en un error sobre este punto; los mismos Apóstoles no comprendieron las enseñanzas de su Maestro: yo, únicamente yo, tengo razón. » — ¿Qué orgullo, hermanos míos muy amados, ó por mejor decir, qué locura! Y las enseñanzas de este insensato son las que siguen hoy los protestantes... porque para ellos no hay tal Eucaristía, y su pretendida cena no es más que una parodia ridícula y sacrílega... Ved ahí en qué época, cómo y por quién ha sido atacado este augusto sacramento...

Segunda parte. — Si ahora, hermanos míos muy amados, al lado de estas estúpidas negaciones del protestantismo y de la impiedad, citásemos los rasgos de fé, de amor y de abnegación que afirman la verdad de este augusto sacramento, si quisiéramos seguir su historia, ten-

driamos que escribir volúmenes enteros... Dejemos á un lado los testimonios que nos proporcionarían los Apóstoles, los mártires sus sucesores y millares de santos cuyos nombres estan inscritos, no solamente en el cielo, sinó también en los anales de la Iglesia católica.

Veamos únicamente la historia de la sagrada Eucaristía en el momento en que este augusto dogma fué contradicho. Dios, que es omnipotente, hace, por medio de su excelsa providencia, que el mal se transforme en fuente de un bien... Berenger, como os tengo dicho, Berenger que murió arrepentido, había dudado, al parecer, de la presencia del Salvador. Su error, estimulando el amor de cierta alma santa, que vivía en un ignorado monasterio, produjo esta bella solemnidad que llamamos la fiesta del Santísimo Sacramento ó del *Corpus Christi*... « Padre, escribía una humilde religiosa al Soberano Pontífice, Jesucristo quiere ser honrado de una manera más solemne en el sacramento de la Eucaristía; reclama una fiesta especial que afirme su presencia en este augusto misterio, una fiesta que sea á la vez un triunfo para él y una alegría para el corazón de sus hijos... » El piadoso Urbano IV, entonces Soberano Pontífice, era digno de comprender aquel lenguaje. Por eso, correspondiendo al deseo de todos los corazones fieles, de todas las almas adictas al Dios de la Eucaristía, instituyó la fiesta tan popular que, como he dicho, llamamos del *Corpus Christi* (1)... ¡Pobre Satanás! tú habías impelido al hereje á que negase este dogma, y catahí que tus esfuerzos se vuelven contra tí y que el Dios de la Eucaristía se ve honrado de una manera más solemne aún... De ahí, en efecto, viene el origen de estas hermosas procesiones en que Jesucristo, paseándose en cierto modo por nuestras poblaciones, ve esparcidas las flores á su paso; levántanse en honor suyo altares de verde ramaje, sobre los cuales descansa uno instantes, y una multitud recibe de rodillas y respetuosamente su bendición..

Tú, Lutero, vacilas; tú, Calvino, niegas; vosotros, herejes, tantos cuantos sois, ultrajais á la sagrada Eucaristía; ¿no creéis en ella?... Tanto peor para vosotros... Para contestar á vuestros ultrajes y blas-

(1) V la *Hist. ecclés.* de Rohrbacher, y Chardon, *Hist. des Sacrements.*

femias, distingo en una humilde cueva cerca de una ciudad que se llama Manresa, á un noble español : su nombre es Ignacio de Loyola... ; Oh! conquistador más poderoso y sobre todo más respetable que Lutero, crea una milicia santa, y los soldados de este ejército llevarán el culto de la sagrada Eucaristía á los cuatro extremos de mundo... Hombres que se devoraban unos á otros, se unirán en la mesa de Jesús... Juntos recibirán la sagrada comunión.. Que el tabernáculo sea una caja sacada de un buque, ó alguna cavidad practicada en el tronco de una vieja encina, ¿qué importa? Jesús estará siempre allí... Él no pide ni oro ni púrpura, sinó corazones que le amen, que le reciban con fervor ; y mientras vosotros, infelices herejes, blasfemaréis, los mismos salvajes se arrodillarán en su presencia... ; Oh Dios mio, cuán grande, cuán poderoso sois, y cuán pequeños delante de vos los que osan levantarse contra vuestra autoridad, contra la de vuestra Iglesia santa !...

Habría querido hablaros de santa Teresa, de santa Juana de Chantal y de tantas otras almas que con su devoción por la sagrada Eucaristía repararon las profanaciones de que este adorable sacramento era objeto de parte de los herejes ; pero me extendería demasiado : este asunto sería inagotable, tanto como el amor que nos demuestra Jesús en este augusto misterio...

PERORACIÓN. — Al concluir, hermanos míos muy amados, quiero referiros un hecho que data casi de ayer : la muerte de Monseñor Bataillon, uno de los misioneros franceses más antiguos y más entusiastas. Había convertido á provincias enteras ; al abordar en unas islas salvajes, había encontrado en ellas unos hombres feroces y corrompidos. Con la gracia de Dios, había hecho de ellos unos cristianos humildes, castos y fervientes ; durante cuarenta años les había consagrado su vida... Pero bajo aquellos climas, la vida, para los Europeos, se gasta pronto : tenía sesenta y siete años cuando, el 10 de abril de 1877, entregó su alma al Señor... « Hermanos, decía antes de morir á los misioneros que le rodeaban, dadme el santo Viático ; yo bien hubiera querido no recibirlo hasta el Jueves Santo ; es el aniversario del día más bello de mi vida, del día de mi primera comunión. Jamás ha pasado desapercibido para mí este día ; pero como temo no poder llegar hasta

esta fecha, vais á traerme el santo Viático... » Algunos días de convalecencia permitieron al piadoso misionero decir aún más de una vez la santa Misa ; pero al fin, rendido de fatiga, y sin duda, Dios mio, maduro para la recompensa, quiso recibir nuevamente el santo Viático, manifestando aquella tierna devoción que siempre había tenido por la sagrada Eucaristía, y luego murió como mueren los amigos de Jesús, los predestinados (1)...

Tales, carísimos hermanos, la historia de la Eucaristía, desde la sala del cenáculo donde Jesús instituyó este adorable sacramento, hasta la choza donde, tal vez en este momento, la recibe un pobre moribundo acostado sobre pajas... El Dios del tabernáculo fué siempre una fuerza, un consuelo, una esperanza para los suyos... He dicho para los suyos... ; ojalá podamos nosotros, amados hermanos míos, ser de los suyos, y pertenecerle mientras vivamos en este suelo, para que él nos conozca y nos reclame un día en su eternidad !.. Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEPTIMA.

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCARISTIA.

INSTRUCCION CUARTA.

MATERIA DE LA EUCARISTIA; PORQUÉ NUESTRO SALVADOR ESCOJIÓ EL PAN Y EL VINO COMO MATERIA DE ESTE SACRAMENTO.

TEXTO. — *Panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.*
El pan que os daré á comer es mi carne, etc.

(SAN JUAN, CAP. VI, VERS. 52.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un piadoso misionero, hoy en día uno de los más santos prelados de la Iglesia de Francia, hablando de la sagrada Eucaristía, decía : « Es un asunto profundo, inmenso, magní-

(1) Véanse los *Anales de la Propagación de la Fé.*